

En la Venezuela de la actualidad la historiografía profesional ha ejercido un papel fundamental. El establecimiento de una ciencia social que ha desarrollado tendencias capaces de contar con receptividad en grandes capas de la sociedad, testimonia una peculiaridad gracias a la cual se da el caso de un vínculo entre la actividad intelectual y las necesidades de sus destinatarios que solo sucede en términos excepcionales. El conocimiento creado en los gabinetes de investigación ha llegado a la calle, gracias a un tránsito que ha hecho de sus autores unos protagonistas familiares. Aquí, en las circunstancias actuales y en sus vísperas, el oficio del historiador no solo ha demostrado una madurez y una peculiaridad que apenas se abocetaron en el pasado, en las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos del siglo petrolero, sino que también se ha convertido en una necesidad del pueblo que reclama sus aportes.

Puede suceder que lo enmarañado del panorama lleve a la necesidad de consultar supuestas sabidurías, calificadas y consagradas desde la antigüedad, o que el horror de cada día invite a desenterrar culpas en la obra de los antepasados para que nadie se avergüence de los males que padece, para atribuirlos a decisiones anteriores. Es un buen artificio para salirse de la

comprometida suerte. Sin embargo, más allá de lo que pueda pensar cada cual, o de lo que quiera buscar en los libros de historia patria, estamos ante la existencia de un fenómeno cultural que se distingue por la alternativa de señalar derroteros a la ciudadanía partiendo de unas bases que sólo puede proporcionar un estudio metódico con sendero adecuado para comunicarlo.

Si estamos ante las cualidades de una disciplina capaz de influir en millares de personas, como se ha sugerido, conviene destacar, aunque sea obvio, que tal proceso obedece al trabajo de quienes se ocuparon de establecerla cabalmente en el contorno y de prodigar sus frutos en nuestros días. La historiografía que ahora nos ocupa no es un saber aéreo, o algo que se aprende y esparce por la inspiración de Heródoto y Tito Livio, por ejemplo, o del abuelo Rafael María Baralt. Es la consecuencia de los empeños de un elenco de maestros fundadores que crecieron en el seno de la sociedad democrática y quisieron ser sus criaturas útiles. De allí el aporte de volúmenes imprescindibles para sus coetáneos.

Hoy la Universidad Metropolitana quiere distinguir a uno de los protagonistas del suceso, a uno de los más

importantes. Cuando confiere el título de *Doctor Honoris Causa* a Germán Carrera Damas, refiere a una obra a través de la cual se expresa el legado que se acaba de abocetar, destaca el valor de una actividad intelectual sin la cual resulta imposible el entendimiento de los problemas de una colectividad confundida e irresoluta. No solo por la escritura y por la coordinación de libros esenciales, sino también por su atención de problemas relacionados con grandes escollos de la república, tenemos en el doctorando un modelo de utilidad y lucidez.

Agradezco a la rectora, y a los miembros de su equipo en el Consejo Universitario, el honor que me han concedido al pedirme que hable hoy de la obra de un historiador excepcional. Es evidente que, después de lo que acabo de afirmar, apenas haré un vistazo de unas ejecutorias que merecen mayor y más profunda atención, pero que se hace bajo la guía de los principios de justicia y respeto que el galardonado merece.

Para encontrar sus pilares, el análisis de la obra de Germán Carrera Damas debe detenerse en la consulta de sus aportes teóricos. Está precedida y acompañada por su divulgación de planteamientos genéricos sobre los motivos y los intereses de la historiografía

propuestos por maestros de Europa y América que trabajaban en la actualización de su oficio, y apenas se habían trajinado entre nosotros. Como la investigación histórica depende del pensamiento sobre cómo llevarla a cabo acoplándola con la evolución de la disciplina, con los hallazgos de otras ciencias sociales y con las particularidades de cada contorno, el empeño desemboca en posiciones profesionales susceptibles de orientar numerosas investigaciones posteriores hasta llegar a una manera inédita de averiguar los asuntos del pasado.

En la bibliografía de Germán Carrera Damas se pueden consultar con provecho siete volúmenes dedicados a tal exploración: *Entre el bronce y la polilla* (1958), *Crítica histórica* (1960), *Cuestiones de historiografía venezolana* (1964), *Historiografía marxista venezolana y otros temas* (1967), *Metodología y estudio de la historia* (1969) e *Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas* (1979).

Dentro del empeño merece atención especial una antología manejada por generaciones de aprendices en las aulas, yo entre ellos, y también por catedráticos hechos y derechos: *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio* (1961). Su objetivo

no consistió en la presentación de fragmentos de investigaciones de colegas anteriores y contemporáneos, o de instituciones públicas, sino de escritos de ellos sobre problemas de análisis que surgen mientras se hace una reconstrucción del pasado, mientras se está en el archivo y en la biblioteca frente a un escritorio y sobre cómo manejar temas trillados con ánimo innovador. El compilador quiere aproximarnos a la particularidad evidenciada en el ejercicio de un elenco de colegas de su tiempo y de épocas cercanas a quienes interesaron las posiciones sobre el oficio, todas en marcha y en metamorfosis, o a la indiferencia de otros ante las mudanzas, lo cual se traduce en una invitación a detenerse en las encrucijadas de una disciplina a través de varias cabezas sin pensar que solo trasciende una sola.

Pese a su título, que apenas sugiere el tratamiento monográfico de un fenómeno como muchos, la mirada debe detenerse ahora en un par de libros de Germán Carrera Damas que también insisten en reflexionar sobre entendimientos panorámicos de la sociedad venezolana, o más bien sobre los entendimientos que se le han impuesto, susceptibles de permanecer en el tiempo para moldear conductas colectivas. En *El culto*

*a Bolívar* (1970) nos introduce en la influencia de una liturgia a través de la cual se había revestido o se pretendía revestir la sensibilidad de un pueblo para que jamás saliera de ella por un supuesto mandato del destino nacional; y en *El bolivarianismo- militarismo. Una ideología de reemplazo* (2005), nos muestra cómo una manipulación puede conducir a la hegemonía sobre una sociedad sujeta a la aventura de los cuarteles porque sus habitantes, hombres de presa de nuestros días, afirman que cumplirán la promesa de un padre liberador que los ha convertido en constructores de su profecía.

Han pasado treinta y cinco años entre la obra pionera y la otra, entre el anuncio inicial de una anomalía y la comprobación de los excesos de su perversión. Estamos ante el testimonio de cómo los sondeos superficiales no caben en el repertorio de un autor a cuya indagación estorba el salto de mata, o cuya importancia depende de no distraerse en intermitencias.

En la investigación sobre las guerras de Independencia de Venezuela del imperio español igualmente encontramos aportes esenciales en la bibliografía del autor a quien hoy distingue la Universidad

Metropolitana. No solo trabajos sobre sucesos concretos de la época, sino también pensamiento sobre lo que entonces sucedió y sobre su peso en el futuro. Ya que se ha insistido en la trascendencia de sus reflexiones genéricas, debe agregarse ahora que las ha ofrecido en el caso de lo que sucede entre 1810 y 1830 a través de búsquedas de regularidades, de tendencias pesadas, en libros como: *La disputa de la independencia y otras peripecias del método crítico en historia de ayer y de hoy* (1995), *La crisis de la sociedad colonial venezolana* (1983), y *De la dificultad de ser criollo* (2012). Igualmente en la animación de antologías documentales de fuentes realistas, es decir, de testimonios opuestos al designio republicano subestimados o ignorados, que concluyó en tres volúmenes susceptibles de abrir horizontes insospechados para el conocimiento de la época.

Estos aportes cuyas páginas están ocupadas de intentos de caracterización son, o deben ser, el resultado de investigaciones de temas concretos como: *Boves, aspectos socioeconómicos de la Independencia* (1972), *Simón Rodríguez, hombre de dos siglos* (1971), *De la abolición de la monarquía hacia la instauración de la república, 1810-1830* (2009) o *Bolívar, escritos fundamentales* (2012). Y de una obra

mayor sobre el proyecto de integración de la época: *Colombia, 1821-1827: aprender a edificar una república moderna liberal* (2010).

La preocupación dominante de Germán Carrera Damas, según la entiende un lector consecuente como quien les habla, es encontrarle sentido al pasado de su sociedad para ver cómo la orienta partiendo de sus investigaciones. Para lograr el cometido debió necesariamente poner su atención en capítulos y en actores que considera trascendentales para llegar hasta la médula de un cometido social, esto es, hasta el descubrimiento de un itinerario colectivo que conduce a nuestros días. Lo encuentra en el esfuerzo de los padres fundadores y de la colectividad de entonces en la fundación de una república liberal que se convierte en desafío y en credo, en una insistencia que desemboca en la fundación de una efímera democracia popular, en la cuarta década del siglo XX, que después de pasar severas pruebas y llegar a la robustez vive hoy sus más oscuras horas porque hasta la arquitectura republicana que le sirvió de armazón se ha derrumbado. Toda la historia que escribe es historia contemporánea, por consiguiente, como afirma el imprescindible Benedetto Croce de las contribuciones dispuestas a dejar huella. Todo culmina en una

actualidad desgarrada que puede soldar una parte de su rompecabezas con la aguja de marear de unos antecedentes extraídos por las herramientas del saber histórico.

Si no se ha captado tal intención en mi vuelo de pájaro sobre las obras señaladas, pueden descubrirla en otra de sus publicaciones esenciales, *Rómulo histórico* (2013), reflexión de gran calado sobre uno de los políticos esenciales de Venezuela, sobre el protagonista que asume el propósito fundacional de la nación después de estudiarlo para ajustarlo a las peculiaridades del siglo XX petrolero, a sus excelencias y a sus límites, a sus obligaciones y promesas. En tal sentido también don Rómulo fue un perspicaz historiador. Uno puede ser compañero de viaje del excepcional dirigente con tibieza o con entusiasmo, o bajarse de su locomotora, eso lo resuelve cada viajante de acuerdo con su parecer o con las solicitudes de su entorno, pero en cualquier caso como parte de una expedición que todavía no ha llegado a la meta, pero que puede hacerlo si no deja de lado las consideraciones provenientes de un entendimiento de los antecedentes compartidos.

Porque Betancourt no es ahora una estatua tallada con cincel caprichoso, ni un líder banderizo, sino la encarnación de una experiencia republicana a la altura de su tiempo y un esfuerzo de sintonía con unas raíces sin las cuales se seca el árbol que a la vez recibe abono nuevo y alimento pernicioso en una antigua parcela. Para eso sirve la historia reconstruida desde la angustia de la actualidad.

Faltan referencias sobre publicaciones y participaciones fundamentales de nuestro autor en los predios específicos de su oficio, pero antes de referir otras de importancia debo, para no interrumpir el hilo que he intentado tejer en torno a una praxis esencial para la restauración de nuestro republicanismo exhausto, observar su actividad en uno de los intentos de salvación de la democracia venezolana en cuyas faenas se involucró. Entre 1984 y 1989 fue miembro del comité coordinador de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), cuya Sub Comisión de Reforma Institucional para la Renovación del Sistema Político dirigió.

Un conjunto de mentes lúcidas, o simplemente de avisados observadores, de profesionales con los pies en la tierra, entendió entonces la necesidad de una

rectificación del modelo político y de administración que experimentaba situaciones de deterioro debido, entre otros problemas acuciantes, a la fragilidad de los vínculos que una gobernanza puntual y respetuosa debe mantener con sus gobernados, al distanciamiento cada vez mayor de los partidos políticos de los integrantes de sus bases, o de las doctrinas que los sustentaban, y a la aparición de apatías y corruptelas que requerían salida sanitaria. De entonces, gracias a los concienzudos estudios de la COPRE, data un repertorio de sugerencias que se quedaron en el tintero por la indiferencia de sus destinatarios, es decir, de los políticos que la habían creado porque sentían que algo olía mal en el vecindario. Sin embargo, las que se concretaron fueron bocanadas de oxígeno para un sistema acorralado por los abismos que creaba frente a las necesidades de la colectividad. No sabemos qué pudo pasar en Venezuela si el recetario se hubiera aplicado a cabalidad, pero no podemos dudar de que Germán Carrera Damas estuvo entonces en el equipo que trató de remendar el capote venezolano cada vez más lleno de agujeros.

La actividad profesional que lleva a cabo en esta década hace que volvamos, aunque con menos

pormenores porque ya estoy hablando más de la cuenta, a lo fundamental de su actividad de historiador, ahora con contribuciones que traspasan los límites nacionales. En efecto, lo encontramos, junto con el colega estadounidense John Lombardi, a la cabeza de un designio de proporciones continentales que reúne a un granado equipo de compañeros de oficio, procedentes de diversas instituciones americanas y europeas e inclinados a ofrecer entendimientos novedosos. Así culmina un esfuerzo de interpretación global del pasado que era difícil de llevar a cabo, o que parecía más pretencioso que accesible. Con el patrocinio de la UNESCO, y como presidente del Comité Científico de la edición, logra el portento de culminar una *Historia General de América Latina* que renueva el entendimiento del proceso. Además, antes de involucrarse en las aludidas faenas de la COPRE, también deja abierto el sendero para la redacción de una *Historia del Caribe* que cuenta igualmente con el auspicio del organismo internacional. El profe que ya va para viejo no se detiene, para nuestra fortuna: ahora lo contemplamos haciéndole honores a su vocación por los caminos reales y por las veredas de las antiguas colonias que rescatan lo esencial de su peripecia. Por eso ya es o va a ser, con credenciales de sobra, Numerario de la

Academia Nacional de la Historia de Venezuela, miembro correspondiente de la Real Española y de las Academias de Historia de Colombia y México. También, desde luego y a partir de hoy, Doctor Honoris Causa de la Universidad Metropolitana.

Todo empezó en nuestra Escuela de Historia de la UCV. La metamorfosis de los estudios sobre el pasado, hasta llegar a la importancia que hoy los distingue, encontró en sus aulas fertilizantes para el nacimiento y para llegar a una magnífica adultez en cuya fragua también destacarán los aportes de las escuelas que en breve se incorporan en la ULA y en LUZ. En ese punto de partida fue esencial la influencia del joven cumanés que retorna en 1958, después de traer de México un primer diploma académico con la tutoría de un autor destacado, futuro orquestador de historias generales y habitual consejero político en su país, don Daniel Cossío Villegas. En 1958 cae la dictadura de Pérez Jiménez y comienza a formarse la primera generación de historiadores profesionales. No es un azar.

En las entrañables aulas caraqueñas tuve la suerte de encontrarlo como director de la Escuela, pero también como coordinador de los programas de Teoría y Método de la Historia, como Jefe del Seminario de

Introducción a la Historia y como profesor de Historia de la Independencia, de Historia de la Historiografía y de Historia Contemporánea de Venezuela. Eran tiempos de ebullición y búsqueda, de estrenarse como iconoclastas para después moderarse, de sentirse iniciadores de un proyecto intelectual que apenas se iniciaba para cambiar la interpretación de la sociedad venezolana. Si se lograron los propósitos sobran las respuestas en los discípulos que el infatigable preceptor formó entonces, para cuya valoración espero que solo baste un nombre: Manuel Caballero.

En la actualidad hay dos elementos que conspiran contra la obra de Germán Carrera Damas que se ha venido comentando: el empeño puesto por el régimen para cambiar los recuerdos de los venezolanos y la ignorancia de los jóvenes políticos de oposición en torno a un pasado sin el cual jamás llegarán a la profundidad y a la seriedad en sus objetivos. Lo primero por acción alarmante y los otros por irresponsable omisión, arremeten contra una fábrica que se debe proteger a toda costa.

El autoritarismo que ya pasa de dos décadas de hegemonía no solo ha creado un centro oficial para fabricar una historia a su imagen y semejanza, sino que

también, con el auxilio de masivas invasiones desde los medios de comunicación, la ha convertido en parte de un plan concretado en los manuales de enseñanza primaria. Una narrativa "bolivariana" del pasado se ha enseñoreado para que la caravana de la sociedad desemboque en su redil.

La mayoría de los dirigentes jóvenes que se oponen al régimen consideran que la Historia de Venezuela comienza con su partida de nacimiento, que el ayer es baldío, que todo se hará bien contra el autoritarismo gracias a la iluminación de unas vacilantes linternas contemporáneas; que todo se reduce a pensar sobre asuntos de las dos últimas décadas del siglo XX y sobre lo poco que llevamos del XXI. En ese sentido no compaginan con el interés de las estremecidas mayorías sobre temas históricos, ni con el aporte de los estudiosos venezolanos apuntado al principio de estas palabras que ya terminan, y por las cuales reitero mi gratitud a la rectora de la Universidad Metropolitana y a los miembros de su equipo directivo.

Me concedieron el privilegio de hablar, aunque apenas por encima, sobre la trascendencia de la obra de un historiador imprescindible para entendernos mejor y para luchar con propiedad por la restauración de tres

pilares de nuestra existencia como pueblo: la memoria, la república y su criatura predilecta, la democracia.

Muchas gracias por su atención.